

las provincias del Imperio. La sustitución es particularmente interesante para Venezuela. El sueño de la perfección de los primeros días de la Planta fué crear una España holandesa. Donde ello resalta es en el país del Mar Caribe. Para explotar su cacao, hasta entonces en las manos hacendosas de los holandeses, se montó una de las más perfectas compañías de la historia hispana: la Real Compañía Guipuzcoana de Caracas. Entregóse a la Real Empresa el monopolio de la navegación y el cultivo del país durante el largo plazo que va de los reinados de Felipe V. a Carlos IV. La semilla que dejó caer la Real Compañía sobre el suelo de Venezuela fué el europeísmo. Detrás de los Bancos están los altares; a la zaga de los mostradores, las banderas. El lucro tiene casi siempre al fondo un estado de espíritu. De la suerte que la Compañía Transatlántica de Navegación Española ha sido una filial del Vaticano, la Real Compañía fué un corredor marítimo de la Enciclopedia. Navios de Ilustración he llamado a sus barcos. El ideal de civilización comenzó a alborear en las pelucas blancas. No sólo la riqueza agrícola, sino la de ideas, tiene en Venezuela, por orígenes y fuentes, las gestiones de la Real Compañía de Caracas (1).

A bastantes finuras ilustradas de los grandes espíritus venezolanos abanicaron las velas de los navios ilustrados. Si Venezuela es la directora moral y militar de la emancipación americana, ello se debe a que operó activamente el estilo borbónico en los valles del cacao caraqueño. Los enciclopedistas, las ideas de ilustración, las luces, fueron la Biblia de consulta de la dirección hispánica desde Aranda hasta Urquijo. Este ideario del XVIII yace por bajo del genio de Bolívar. Cuando ese ideal fenece en las directivas hispanas por malogro del carlotercismo, es un genial provinciano, el glorioso hijo de los valles del cacao, Bolívar, quien pone su vida al tablero por salvarlo de la derrota peninsular y conducirlo al triunfo y la eficacia en las provincias americanas.

Bolívar no desea otra cosa, conforme al ideal del XVIII, sino hacer habituales las ciencias y las artes a los americanos españoles. Las viejas raíces quizá malograron el ideal en el solar de la Península: había que salvar, al menos, el ideal en América. Desea Bolívar una raza española estremecida por las actividades de los extranjeros. Aludiendo a la inclinación medieval que priva a la casta vivir plenamente el latido contemporáneo, fulgura entonces su frase que ilumina nuestro destino en una viñeta trágica: «somos la corza herida que lleva su mal clavado en la entraña».

El Cid liberal de América, creyó en sus mocedades heroicas, que con los zarandeos políticos se podía arrancar la saeta del mal hispano del flanco herido. ¿Quedó libre del dardo la corza boliviana al revolcarse en las revoluciones? En rigor, no, no quedó libre. El mundo ha sido lanzado a una dirección ajena a la impulsión católica, con la que rubricó el planeta la casta española. Modernidad quiere decir substancia segregada por los rivales del empuje católico. La saeta que nos empurpura el flanco según la indicación de Bolívar, no es sino el desamor tradicional a las puras actividades mundanas. Adoró nuestra raza al Dios universal, y al ser invitada ahora, por los rivales triunfantes, a adorar la radiotelefonía y el maquinismo, siente la amargura de prosternarse ante diosillos términos. Tuvimos presente al Dios de Jerusalem y apenas acertamos, a la sazón, a encarnarnos con mojonos fenicios. Sin embargo, no nos queda otra opción que trasladar el temblor fanático, el latido vehemente, el trémolo religioso, al servicio de las fuerzas nuevas.

(1) Véase en la librería de Beltrán, calle del Príncipe, Madrid, mi libro: *Navios de la Ilustración*.

Venezuela ha producido, a finales del siglo XVIII, un plantel admirable de personalidades. En la hora innovadora de América desempeñó papel directivo y sobresaliente. Absorbiendo la cultura de los reyes, pasaron los espíritus del Mar Rojo de la revolución, para encaminarse a la nueva tierra de la civilización de los presidentes. Entonces se apaga en Venezuela el momentáneo cabrilleo universalista. A medida que la Ilustración cala en sangres jóvenes, Venezuela cierra las valvas, se provincializa, se localiza, hasta desembocar en el presente, en que carece de interés y reverberación externas. De la fulguración ecuménica retrocede en un proceso de hermetismo. Un divagar de Quijotes hizo del país el más desgraciado del Globo. Canes vagabundos dentellaron miembros descuartizados en más de ochenta revoluciones. A la sazón no suena por los palmares sino la voz llana de Sancho. Venezuela se ha sumergido en el túnel de la reconstrucción interna. Las piquetas del General D. Juan Vicente Gómez muerden afanosamente el terreno.

Puños venezolanos fracturaron la montera de cristal del Imperio. La Corona ya no ciñe las sienas del Atlántico. Pero la misma elipse que traza lo ecuménico hispano en el planeta va del Pirineo a Filipinas. Sacrificamos a la democracia. No es posible refundir tiaras imperiales. Asestemos una lanzada democrática, que bien puede ser un neologismo, para herir a tantos meridianos fraternales del Globo. Esa palabra, que pudiera ser la Sobrespaña, sería el domo que cerrara cupularmente a las Españas.

Dentro de esa elipse ecuménica de lo hispano en el Globo, que llamamos la Sobrespaña, hay un pueblo que guarda amorosamente el Arca de las memorias de Bolívar. Bolívar es aquel sol de hombre que lanzó a la creación española más allá de los estilos tradicionales del Ave y la Planta. Mediante el gran sarcófago, la España de Venezuela está siempre presente a las demás Españas. De las cenizas de Bolívar, en el panteón de Caracas, ha de brotar más de una llamarada. El alabastro que conmemora sus despojos recibirá, en el curso del tiempo, varios y numerosos cortejos. Las ataduras de algún nuevo estilo producirán bellos discursos sobre la huesa boliviana. Mi mismo ideal de la Sobrespaña nació a esa sombra. Vagando en vecindad del osario en que está el Cid de América, me decía: «Son cien millones de rusos de Oriente. Seremos cien millones de sobrespañoles de Occidente».

El estímulo forastero llama a las puertas de Venezuela. No es otro que la nueva presión económica de los Estados Unidos. Musical y verbalmente, los venezolanos están unidos de corazón a la España de la Península. Por razones de hacienda, Venezuela gravita, cada vez más, hacia los Estados Unidos. Ello no tiene remedio. A la economía han transportado los norteamericanos un respiro vehemente y casi religioso. Los relacionados hace unos años con la Kultur germana, al sentirse absorbidos, penetraban en una arquitectura del mundo de bóvedas imperiosas. Así está ocurriendo ahora con los que frecuentan mercantilmente a los Estados Unidos. La economía norteamericana tiene algo de alcohol ardiente, que produce vapores imperiales.

Destaquemos, a ojos del lector, una afirmación exacta. Los valores de España, que son en Venezuela huesos de sus huesos, carne de su carne, están reducidos a significación meramente pintoresca. Sirven para las verbenas. Levanta ventoleras de enojo, en algunos castizos y tradicionales, la presión estadounidense. Lo discreto en esta nueva circunstancia histórica que se está creando es abrir los ojos. Actualmente, para el hispanismo la capital más interesante es Washington. A los rivales hay que envol-

verlos en miradas atentas. La gimnasia económica de Norteamérica, que tan bellos bíceps ha creado al joven pueblo, es el mejor estímulo al cultivo de nuestra musculatura.

Venezuela es una España rapaza, una España mozuela. En Navidades huele el aire a primavera. Los corpulentos árboles ofrecen en sus copas la ternura pueril de las matas de Europa; es decir, se endulzan hasta tener flores. Bajo las ramas, sonrientes, las enmantilladas taconeán por las calles cada mañana. Ciñe sus rostros el velo empapado en Cristo, el cendal pio. La guitarra castiza penetra hasta lo más hondo de los cafetales. Los circos gallísticos son colmados vasos de sangre hispana.

Para acentuar lo típico, finalmente, Venezuela es una Andalucía vizcaina. Muchos hombres de la cumbre venezolana suenan las ásperas voces de la toponimia del Pirineo vasconce. Circulan copiosamente los apellidos Urdaneta, Ibarra, Zuloaga, Eraso. Son el poso que dejaron sobre el lugar los navios de la Real Compañía Guipuzcoana. Entre rostros de Córdoba, de Sevilla, se dibuja, en el país de Bolívar, la línea facial de la cordillera que encabeza el Norte de la Península. El perfil mismo de Bolívar es un relieve, en miniatura, del Pirineo.

Ramón de Basterra

Estante de Libros

Obras del célebre naturalista J. H. FABRE que le ofrecemos:

<i>Los auxiliares</i>	€ 3.50
<i>Maravillas del instinto en los insectos</i>	3.50
<i>La vida de los insectos</i>	3.50
<i>Costumbres de los insectos</i>	3.50
<i>Los destructores</i>	3.50

Novelas de GABRIEL MIRÓ que debe usted leer.

<i>Libro de Sigüenza</i>	€ 3.50
<i>Años y leguas</i>	3.50
<i>La novela de mi amigo</i>	3.50
<i>Las cerezas del cementerio</i>	3.50
<i>Del vivir, Corpus y otros cuentos</i>	3.50

Obras de H. G. WELLS que le ofrecemos al curioso lector:

<i>El Mundo de William Clissold</i>	€ 4.50
<i>Los rincones secretos del corazón</i>	3.50
<i>El alma de un obispo</i>	3.50
<i>La dama del mar</i>	3.50
<i>El mundo se liberta</i>	3.50
<i>Doce historias y un sueño</i>	3.50
<i>El nuevo Maquiavelo</i>	4.50
<i>El padre de Cristina Alberta</i>	3.50
<i>Los hombres dioses</i>	3.50
<i>La esposa de Sir Isaac Harman</i>	4.50
<i>Breve Historia del Mundo</i>	7.00

Obras de BERNARD SHAW. Señale la que le interesa adquirir:

<i>Santa Juana</i>	€ 3.50
<i>Pigmalión</i>	3.50
<i>El Dilema del Doctor</i>	5.00
<i>Matrimonio desigual</i>	5.00
<i>Volviendo a Matusalén</i>	4.50
<i>La casa de las penas</i>	5.00
<i>Tres comedias para puritanos</i>	4.50
<i>Comedias agradables</i>	4.50
<i>La otra isla de John Buel</i>	4.50

Otros libros de Aventuras para sus hijos, o alumnos:

Wyss: <i>Robinson Suizo</i>	€ 3.00
Mark Twain: <i>Las aventuras de Tom Sawyer</i>	3.00
Defoe: <i>Robinson Crusoe</i> . 2 vls.	6.00
Swift: <i>Viajes de Gulliver</i>	3.00